



IX Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2007

PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO EN EL PUEBLO DE GRISEL:

Relato premiado: *“Las cigarras de Grisel”*

Autor / a: Francisco Tobajas Gallego. Saviñán (Zaragoza).

LAS CIGARRAS DE GRISEL

El alcalde de Grisel reunió a todo el vecindario el mismo día de los Santos Inocentes, para explicarles un gran proyecto para el lugar que iba a cambiar el rumbo de la historia.

-Amigos y convecinos todos. He recibido una atenta carta de Zaragoza en la que se nos participa un gran proyecto para el pueblo. La construcción de más de doscientos chalés en nuestro término municipal, que ya cuentan con el visto bueno de la administración y hasta con el correspondiente informe favorable de la oficina de impacto ambiental. Se trata de un gran complejo urbanístico destinado a los políticos de la tierra, con chalés, piscinas, campos de golf, restaurantes, hoteles, tiendas, librerías, grandes aparcamientos para los coches oficiales y personales, y supermercados, además de alojamientos para las personas de servicio, sean vigilantes, policías, jardineros, médicos o dentistas. Se trata de levantar en el campo una ciudad amable y apacible para los políticos en activo, una urbanización moderna en la que todos los políticos provinciales puedan descansar todos los fines de semana

y durante las largas vacaciones estivales, dejando a un lado sus trabajos diarios y parlamentarios. Un complejo residencial en medio de esta naturaleza prodigiosa de las faldas del Moncayo, en donde los políticos con estrés y preocupaciones, puedan pasear tranquilos por estos paisajes tan rústicos y agradecidos, jugar a la hora del café al guiñote y al tute, ver una buena película de entretenimiento, comer con sus familiares y amigos, bañarse, hacer deporte, preparar sus discursos y trabajos con tiempo y sosiego, pensar en futuras campañas y dar cuerpo y alma a sus distintas ideologías. En fin, una ciudad para uso y disfrute de los políticos y sus familias políticas. Una ciudad cerca de la capital, con buenas comunicaciones, aire sano, cielo limpio, despejados horizontes y finas aguas, aunque me figuro que tampoco faltarán en las mesas los mejores vinos de la tierra, que los políticos, aunque hablan mucho comen poco, pero eso sí, bueno y selecto.

En esta gran urbanización, con aires de ciudad, también se alojarán los correspondientes guardaespaldas, los periodistas acreditados y los trabajadores contratados. Se llamará la Ciudad de los Políticos del Moncayo y como os decía cuenta con todos los requisitos necesarios que exige la ley. Ya nos han enviado los planos de este gran proyecto para que el Excelentísimo Concejo que presido tenga a bien aprobarlo con la mayor celeridad posible, dada la importancia, necesidad y magnitud de este proyecto. El alcalde de Grisiel siempre tendrá a su disposición un chalé para su uso o para cederlo a amigos y visitantes.

Si no actuamos con celeridad, el proyecto puede pasar a Cunchillos, El Buste, Lituénigo y quizá hasta Vera o Santa Cruz, así que, amigos y convecinos, debemos aprobarlo hoy mismo para que nuestro pueblo sea el que se beneficie de todas estas ventajas de este gran proyecto de la Ciudad de los Políticos del Moncayo, porque las desventajas o incomodidades son mínimas y ya están suficientemente previstas y recompensadas en el mismo proyecto.

Tras las palabras del alcalde, siguieron los murmullos, las risas y las dudas. Algunos vecinos no se creían nada de lo que les había contado el alcalde y pensaban que no

se trataba más que de una broma política del día de los Inocentes. Otros preguntaban sobre los permisos, pues edificar un gran proyecto al lado del parque natural del Moncayo no debía ser conveniente ni convincente. Algunos vecinos creyeron que, como se trataba de un proyecto social, como ocurre con un pantano o con una carretera, sus casas iban a ser expropiadas y tendrían que abandonarlas a la fuerza. Otros se echaron las cuentas de la lechera, pues iban a vender sus propiedades por una buena cantidad, y los más viejos creyeron que ya no verían aquel desbarajuste, gracias a Dios. Todos los vecinos que así lo quisieron, pudieron ver con sus propios ojos aquella gran Ciudad de los Políticos del Moncayo dibujada en los planos con toda clase de detalles. Y más de uno se llevó las manos a la cabeza. ¡Qué era aquello! ¡Una torre de Babel en horizontal, un gueto clásico y clasista, un barrio para los ricos y los listos de Zaragoza, una ciudad para los políticos subida a las barbas del viejo Moncayo, la desaparición de Grisel con sus huertas, su Diezma, su cierzo, sus olivos, su castillo, sus fuentes y sus ganados! El progreso y el bienestar de unos pocos eran, una vez más, desconsiderados con la historia, con la naturaleza y hasta con la razón.

Más de uno pensó dar noticia de este descabellado proyecto a los grupos ecologistas, para que intentaran abortarlo con el apoyo de la buena gente sensata del pueblo, si alguna quedaba aún. Alguien con más de dos dedos de frente y de prudencia propuso pensarlo antes con la almohada, pero el alcalde dijo que no quedaba mucho tiempo, pues otros pueblos vecinos estaban esperando esta Ciudad de los Políticos con los brazos abiertos.

Los más viejos del lugar no se creían nada de nada, porque todo les parecía un disparate grotesco. ¡Quién podía imaginarse una ciudad llena de políticos a todas horas, políticos amigos y enemigos políticos que debían saludarse al cruzarse en la calle, al ir a jugar al golf o al ir a tomar café! ¡Quién había apadrinado aquella funesta idea de juntar a todos los políticos en vacaciones y fines de semana, si siempre se miraban unos a otros con cara perro y se decían en las Cortes las mil y una! Aquello

sería el comienzo del fin, el disparadero de la penúltima guerra civil e incivil.

Pero el alcalde, como era político, estaba con la ley y con su grey. En un principio él tampoco se lo había creído de ninguna manera, pero lo habían llamado a Zaragoza y allí le habían explicado sin prisa el proyecto con puntos y señales, en una comida llamada de trabajo, que fue a destajo. Convenía aprobar cuanto antes aquel gran proyecto o se acabaría yendo a los pueblos vecinos, que tenían más apetencias y menos reservas. Se trataba de una oportunidad única y a la vez histórica para el pueblo de Grisel, pues de esta manera sería conocido en el mundo entero como el lugar donde los políticos vivían y convivían con pan y en paz.

Con ayuda de los políticos y de sus políticas subvenciones, se podría acabar de restaurar el castillo del obispo, la parroquia y la ermita del despoblado de Samangos, embellecer las calles y beneficiarse de la proximidad de esta Ciudad de los Políticos, donde siempre irían a veranear los políticos de Zaragoza y a pasar todos los fines de semana del año y hasta los puentes.

Como ya era hora de cenar, los vecinos de Grisel se santiguaron todos a una y aprobaron por amplia mayoría el proyecto comentado. Y de esta manera todos se pudieron sentar a la mesa con la conciencia tranquila o intranquila, según.

Tras las largas vacaciones de fin de año y de Reyes, los políticos regresaron a sus políticas, que raras veces cambian con el calendario. Un buen día comenzaron a llegar a Grisel topógrafos, camiones, excavadoras y cientos y cientos de trabajadores rumanos, negros y sudamericanos. A la semana ya no conocían Grisel ni los más viejos del lugar. Se explanaron montes, se cortaron árboles, se abrieron caminos y zanjas, se planificaron calles y comenzaron a nacer de la tierra hierros y más hierros, con cemento y más cemento. El pueblo se cubrió todo de un polvo denso, que penetraba por las rendijas de las puertas y de las ventanas, poniendo todo perdido. Las máquinas trabajaban de sol a sol y de luna a luna, pues los proyectos políticos pueden esperar mil años en las mesas, pero luego es preciso realizarlos en unos pocos meses.

En el Ayuntamiento se fueron acumulando las protestas de los vecinos, debido al ruido y al polvo, pero ninguna surtía efecto. Pronto la Ciudad del Moncayo y de los políticos tuvo calles, aceras, alcantarillas, jardines, plazoletas, campos de golf, piscinas y cables eléctricos. Desde las altas fuentes del Moncayo se canalizaron todas las aguas para abastecer a toda esta gran urbanización, levantando un gran depósito. El agua de lluvia también se recogería y las aguas ya usadas se recuperarían para regar los campos de golf y los jardines. Cientos de placas solares se distribuirían en las terrazas de los chalés y varios parques eólicos suministrarían electricidad a la nueva ciudad.

En el primer año se levantaron todos los edificios, en el segundo se plantaron los jardines, los árboles de las calles y se embellecieron las avenidas con fuentes y monumentos. Se levantó una estatua a Fernando el Católico, el más político de nuestros reyes, a Baltasar Gracián, autor de El Político, a Joaquín Costa, el político que no legisló, al conocido político aragonés que siempre calla mirando a Madrid y al alcalde de Grisel, que había apadrinado con voluntad y decisión esta brillante idea.

Los grupos ecologistas intentaron manifestarse delante de la Ciudad de los Políticos, pero pronto fueron disueltos por la policía autonómica, que tenía aun más fueros. Ninguna televisión estuvo presente para grabar aquel atropello, ni siquiera la regional, que no llegó a tiempo, por lo que casi nadie se enteró. Los periódicos dieron la noticia en un pequeño recuadro, sin fotos ni políticos.

Al tercer año de comenzar las obras florecieron los rosales y los árboles daban ya sombra. El césped comenzó a verdear con aquella agua tan fría de las cumbres del Moncayo y se colocaron en su sitio farolas, bancos, alambradas electrificadas y puestos de vigilancia.

La víspera del día de san Jorge se realizó ante notario el sorteo de las viviendas para todos los políticos en activo. Fue cosa cierta que al presidente y a sus consejeros les tocaron las mejores casas y a los de la oposición las más lejanas al campo de golf y al supermercado, pero todos quedaron contentos. Cada cuatro años

se realizaría un nuevo sorteo con los nuevos políticos y el notario daría cuenta del resultado, siempre a gusto del que más manda.

Los vecinos de Grisel salían ya a todas horas a la calle, sin miedo al ruido ni al polvo, paseaban por los jardines municipales, que habían sido acondicionados, y se aprovechaban del nuevo Centro de día, del gran Centro de salud, de la residencia de ancianos subvencionada y del interesante museo situado en el castillo restaurado, donde el obispo de Tarazona tenía intención de trasladarse, para estar más cerca de sus ovejas y de los políticos, que siempre balan y balan en balde, perdiendo un bocado tras otro. Tras la iglesia parroquial se adecentó el jardín municipal con su cabaña de piedra, típica de los pastores del Moncayo.

Infinidad de empresas quisieron trasladarse a Grisel o a sus inmediaciones, pero siempre se les denegó el permiso, llegara de Zaragoza, de Tarazona o del mismo Concejo de Grisel. Las que más se repetían eran los bares de copas, de señoritas, restaurantes, hoteles, camping, guías de turismo, estancos, guarderías y funerarias. Pero nada de nada. En la Ciudad de los Políticos no faltaba de nada. Tampoco mesas y promesas.

El Ayuntamiento de Grisel recibía varias peticiones diarias de novios que deseaban casarse por lo civil en aquel lugar tan bello y solicitado. También entró Grisel en el libro Ginnes de los récords, por ser el lugar con más políticos por metro cuadrado de todo el mundo, ganando a todas las capitales europeas, incluidas Estrasburgo y Bruselas. Grisel se convirtió de la noche a la mañana en el pueblo más famoso de Aragón y casi del mundo. Cientos de periodistas viajaban a Grisel para conocer sobre el terreno aquella Ciudad de los Políticos a la sombra del Moncayo, que gozaba de tan buen aire y cielo despejado, aunque muchos de ellos escribían que se parecía mucho a Salou, y eso que Grisel no tenía mar.

Con esta vida tan sana y apartada, algunos políticos mejoraron de aspecto, pero otros se tornaron más irritables y reticentes. No les sentaba nada de bien aquel destierro de tierra y monte. Pero la mayoría de los políticos preferían este trato diario

con sus colegas, para así ir limando asperezas. Como los políticos comentaban a todas horas sus ideas y proyectos, fuera en el bar, echando la partida, en el golf o en el restaurante, las cosas de Aragón iban cada vez mejor para los de siempre, que siempre son cosa de pocos. Los periodistas acudían a las contadas ruedas de prensa que se celebraban en la Ciudad de los Políticos, donde todos los hombres públicos estaban cerca de la noticia y viceversa.

El mismo año de su inauguración, la Ciudad de los Políticos recibió incontables premios por su arquitectura, por su planificación, por la novedad y por su ejecución. La noticia fue portada de incontables publicaciones nacionales e internacionales y por esto mismo comentada en las televisiones a la hora del telediario y en los espacios culturales y recreativos. El proyecto recibió elogios a diestra y siniestra y fue puesto como ejemplo ejemplificador de convivencia y confraternidad, pues todos los políticos estaban obligados a vivir y a convivir a todas horas con sus colegas, fueran o no del mismo partido.

Todo el pueblo de Grisel con su alcalde a la cabeza, se mostraba orgulloso de aquel proyecto que se había asentado en su término municipal, aunque habían perdido las vistas desde el monte de la Diezma, los campos, los olivos y la ganadería.

Al principio todo fueron parabienes para todo el mundo, pero enseguida los políticos comenzaron a quejarse de la fuerza y de la crudeza del cierzo, que soplaba todavía más frío y más fuerte que en Zaragoza. En verano tampoco aguantaban a las cigarras del Moncayo, fieras y cantarinas por demás, que desde los árboles de los paseos y de los jardines hacían casi insoportable la sobremesa, la siesta y las partidas del guiñote y del tute. Al verano siguiente las cosas se agravaron de tal manera, que los políticos y sus familiares políticos quisieron atajar este grave problema, pues las cigarras habían colonizado todos los árboles y arbustos de la ciudad, y cantaban y cantaban casi todo el día, molestando a los residentes.

Entonces se convocó a todos los políticos veraneantes a una reunión urgente y en ella se acordó avisar a los mejores científicos y especialistas de la Universidad, para

que entre todos buscaran una solución rápida a este serio contratiempo. Seguramente habría que fumigar los árboles y el aire, colocar mallas repelentes para que las cigarras no pudieran cruzar desde el campo a la Ciudad de los Políticos, cazarlas una a una cuando estuvieran cantando al sol y exterminarlas sin ninguna compasión.

Los mejores científicos de Zaragoza comenzaron a estudiarlas y comprobaron que las cigarras del Moncayo, cuando se encerraban en una caja a la espera de ser estudiadas, se mataban unas a otras.

Después de largos meses de estudio, los científicos llegaron a la conclusión de que se trataba de una plaga estacional, por lo que su control debía ser también estacional. Propusieron varios remedios para rebajar su impacto. Que en toda la ciudad sonara de fondo una música que ocultara el canto de las cigarras, que los políticos y veraneantes usaran cascos para aminorar los ruidos y que se fumigara todo el entorno para controlar su población. Muertas las cigarras, se acabó el concierto.

Tras una fumigación controlada, la Ciudad de los Políticos quedó en silencio, pero la felicidad duró poco tiempo. Cuando la primera cigarra comenzó a cantar desde las ramas de un árbol de sombra, nadie le quiso dar mucha importancia. Pero al cabo de los días, más y más cigarras se fueron sumando a este gran concierto, que fue otra vez desconcierto de parte de los políticos, que pasaban todas las tardes de mal humor por no poder dormir la siesta como Dios manda, ni echar la partida en las terrazas de los bares.

Se pensó incluso llamar al ejército, pero uno de los vecinos más viejos de Grisel dijo tener la solución al problema y el alcalde lo llevó al parlamento de los políticos. El vecino dijo que la plaga iba a durar más o menos lo que dura el verano, que en aquellas latitudes es más bien corto, porque en agosto ya se sabe que el frío viene al rostro, y más cuando sopla el cierzo.

Los políticos abuchearon a aquel vecino tan listo y quisieron poner en práctica otra solución inmediata y radical. Cortar todos los árboles del Moncayo, fumigar

concienzudamente todo el contorno de la Ciudad de los Políticos, controlar las cigarras por satélite, confundirlas con hormonas...

Pero ningún remedio resultó totalmente eficaz contra las cigarras, pues los insectos pronto se hacían resistentes a los productos químicos y las nuevas generaciones de cigarras cantaban con más fuerza si cabe. Todo parecía estar perdido. Los políticos más pesimistas pensaron abandonar aquella ciudad y levantar otra a salvo de cigarras tan cantarinas.

El alcalde de Grisel andaba por aquellos días muy preocupado con el tema de las cigarras y aunque creía que los políticos de la capital tenían poco aguante, pensaba que algo de razón llevaban en sus protestas. Las cigarras de Grisel y las del Moncayo no se cansaban nunca de cantar y de cantar subidas a las ramas más altas de los árboles.

Antes de acabar aquel verano, los políticos se reunieron en asamblea vecinal, donde mostraron su enfado. Ninguno de ellos quería volver a esta ciudad tomada por el cierzo y por las cigarras. Así que todos juraron por lo más sagrado que nunca volverían a esta ciudad, donde las cigarras eran tantas y tan cantarinas. La Ciudad de los Políticos iba a convertirse en una ciudad fantasma...

Entonces el alcalde se despertó de su siesta dominical sobresaltado y sudoroso. Afuera las cigarras continuaban con su interminable canción, bajo el sol del verano. El alcalde se levantó del sillón de un salto, abrió de par en par la ventana y un aire cálido le golpeó la cara. Las cigarras cantaban un concierto magnífico, extraordinario y por demás desafinado. El alcalde dirigió su mirada hacia la Diezma y la halló seca y dura, con las hierbas agostadas. Miró el palacio del obispo y comprobó que el muro de entrada continuaba apuntalado. Buscó en el horizonte la famosa y conflictiva Ciudad de los Políticos y no halló ni rastro de ella. El alcalde se rascó una y otra vez la cabeza. Todo al fin había sido un sueño, un mal sueño en una tarde de verano.

El alcalde siguió mirando por la ventana. El campo se mostraba a aquellas horas de la tarde perezoso y solitario. El viejo Moncayo aparecía a los ojos del alcalde de Grisel

hermoso y desafiante, con sus cumbres austeras, sus aguas frías, sus cielos claros y sus cigarras que cantaban y cantaban en medio del sopor de la tarde. Ellas solas, con ayuda del cierzo, se habían bastado para echar por tierra el mayor proyecto nunca imaginado, aunque sólo fuera en sueños, la grandiosa Ciudad de los Políticos del Moncayo. Bendito y alabado sea el canto despreocupado y estival de las cigarras de Grisel, contra los nuevos especuladores de pueblos, cielos y paisajes.